



INGRID CARLBERG

# RAOUL WALLEMBERG

La heroica vida del hombre que salvó a miles  
de judíos húngaros del Holocausto

**PENÍNSULA** [HUELLAS]

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Citas

Introducción de Kofi A. Annan

Prólogo: Djursholm, otoño de 2009

Parte I. ¿Qué hace a una persona?

1. Una felicidad precaria

2. Dos viudas y un niño

3. Sin aires de millonario

4. Ametralladoras y arquitectura estadounidense

5. El trotamundos

Estocolmo, febrero de 2010

6. Solo

7. Un militar con aspiraciones empresariales

Bragevägen 12, noviembre de 2010, «Farewell Blues»

8. El tratante

Blasieholmen, mayo de 2010

Parte II. ¿Qué hace heroico un acto?

9. El encuentro en el ascensor

10. La misión

Djursholm, octubre de 2010

11. Salvar a tantos como pudiese

12. «Su relación con Suecia es la empresa Kanthal»

Buda, junio de 2010

13. Barbarie

14. Treinta y una casas y diez mil estómagos que alimentar

Plaza de Raoul Wallenberg, enero de 2010

15. «Soy sueco, natural de un país neutral»

Calle Ostrom, otoño de 2010

Parte III. ¿Qué determina el destino de una persona?

16. De protegido a desaparecido

Prisión de Lefórtovo, abril de 2011

17. Contemplar el rostro de Dios

18. «No le interesas a nadie»

Cementerio de Donskoie, abril de 2011

19. Un sueco y un muro soviético que derribar
  20. ¿Qué puede pasar por verdad a medias?  
Junto a la Lubianka, abril de 2011
  21. Un duelo de profesores
  22. La creación de un héroe americano  
Versalles, primavera de 2010
  23. «Adiós, señor Wallenberg»  
Estocolmo y Moscú, 2011
- Epílogo: Djursholm, verano de 2011
- Agradecimientos
- Fuentes y bibliografía
- Árbol genealógico
- Láminas
- Notas
- Créditos

## SINOPSIS

En la primavera de 1944, más de 400.000 judíos húngaros fueron deportados a una muerte segura, la mayoría en Auschwitz. Hasta 250.000 de ellos permanecieron en Budapest, amenazados con el mismo destino. En un desesperado intento de salvarlos, un hombre, Raoul Wallenberg, enviado especial del gobierno sueco en la ciudad, creó un sistema de pasaportes protegidos y refugió a miles de judíos en casas especiales, en el interior del gueto internacional. A medida que la guerra se acercaba a su fin, Wallenberg se dirigió voluntariamente a encontrarse con las tropas rusas que habían tomado la ciudad. Detenido como espía, desapareció en las profundidades del sistema soviético para no volver a ser visto jamás. En esta magistral biografía, Ingrid Carlberg hace uso de investigaciones reveladoras para narrar la historia de una vida heroica, y guiar con sabiduría y sensibilidad hacia la verdad sobre su misteriosa muerte.

# Raoul Wallenberg

Ingrid Carlberg

La heroica vida del hombre que salvó a miles de  
judíos húngaros del Holocausto

Introducción de Kofi A. Annan

Traducción de Itziar Hernández

*A mis padres, Sonja y Per Carlberg*

En esta narración de la vida y el destino de Raoul Wallenberg, he tenido mucho cuidado de adherirme con absoluta fidelidad a los hechos. No hay diálogos inventados, y tampoco he añadido escenas o detalles imaginados, ni he aventurado suposiciones infundadas sobre motivos o emociones personales.

La edición sueca de este libro se acompañaba de un cuerpo de 1.705 notas al pie. En esta edición abreviada, esas referencias detalladas se han suprimido. Invito a todo lector interesado en hallar información o referencias específicas de cualquiera de los pasajes de este libro a contactar directamente conmigo en [www.ingridcarlberg.se](http://www.ingridcarlberg.se)

INGRID CARLBERG

«Cada hombre, una puerta entornada  
que lleva a un lugar para todos.»\*

TOMAS TRANSTRÖMER

## INTRODUCCIÓN DE KOFI A. ANNAN

Presidente de la Fundación Kofi Annan,  
Premio Nobel de la Paz  
y ex secretario general  
de las Naciones Unidas (1997–2006)

Cuando vinieron por los judíos, callé porque yo no era judío.  
Cuando vinieron por mí, no quedaba nadie para alzar la voz.

Estos son los últimos versos de un famoso poema de Michael Niemöller, que nos ha movido a muchos a plantearnos las más inquisitivas preguntas sobre nuestras actitudes.

Algunos, sin embargo, no solo alzaron la voz: también actuaron según sus creencias.

Cuando Raoul Wallenberg dejó su país natal, Suecia, en julio de 1944, para cumplir una misión diplomática temporal en Budapest, tenía treinta y dos años y era un hombre de negocios de Estocolmo relativamente anónimo. Quienes lo conocían apreciaban su creatividad, su sentido del humor, su energía inagotable y sus soberbias dotes organizativas. Sin embargo, nadie podía imaginar que llegaría a ser un héroe internacional.

Hoy se lo honra en todo el mundo por su valentía y sus hazañas históricas, porque sus actos en Budapest, en el otoño de 1944, salvaron la vida a miles de judíos húngaros.

Por eso es Wallenberg una figura tan importante para todos nosotros, en particular hoy, cuando la intolerancia vuelve a proyectar su alargada sombra sobre el mundo.

Nos demostró que cualquiera, con independencia de su cargo o su capacidad, puede cambiar las cosas. Nos mostró que la lucha por la igualdad no se puede dejar únicamente a los gobiernos o a la teoría política. Entendió que es una responsabilidad individual y actuó en consecuencia.

Insatisfecho con las palabras y los gestos hermosos, buscó resultados concretos, conseguidos mediante la organización y el ingenio. Donde otros retrocedieron ante lo imposible, él vio un reto y entró en acción. Respondió a la maquinaria de la muerte que era la burocracia nazi formando una de las organizaciones de rescate más eficaces de la Segunda Guerra Mundial.

Para finales de 1944, cuando la sangrienta anarquía del terror había paralizado Budapest, Raoul Wallenberg tenía contratadas a cientos de personas en diversas oficinas, que prestaban una amplia variedad de servicios: desde cobijo, aprovisionamiento diario y atención médica, hasta documentos protegidos y patrullas de seguridad. El cargo y la posición de Raoul Wallenberg como diplomático sueco tuvieron claramente su importancia, pero fueron su autoridad, su energía y su iniciativa personales las que lo cambiaron todo. No siempre tuvo éxito en sus operaciones de rescate, pero nunca dejó de intentarlo.

En enero de 1945, el Ejército Rojo llegó a Budapest, y Raoul Wallenberg buscó voluntariamente contacto con los mandos soviéticos. Quería proponer un enfoque colaborativo para salvar a los judíos de Budapest y ofrecer ayuda en la posguerra. Respondieron deteniéndolo y encarcelándolo en la prisión de Lubianka en Moscú.

No volvería a ver su patria. El hombre que desafió a uno de los peores regímenes de la historia, el Estado nazi alemán, fue víctima de otro, la Unión Soviética de Stalin. Al final, cuando necesitó ayuda, no hubo nadie que alzara la voz por él y actuase para liberarlo.

Esta premiada biografía ofrece, por primera vez, la historia completa de Raoul Wallenberg: su vida hasta 1944, sus actividades en Budapest y el trágico misterio de su final, que sigue sin resolverse hasta el día de hoy. Es una lectura absorbente. La meticulosa investigación de Ingrid Carlberg nos transporta a aquella época y amplía nuestro conocimiento del hombre y sus logros.

En 1981, Estados Unidos nombró a Raoul Wallenberg su segundo ciudadano honorario, después de sir Winston Churchill. Wallenberg es, asimismo, ciudadano honorario de Israel, Canadá y Australia. Nombrado «Justo entre las Naciones» por el Estado de Israel, en el verano de 2014 se le concedió la Medalla de Oro del Congreso de los Estados Unidos por su conducta heroica durante el Holocausto.

Aunque Raoul Wallenberg ha recibido el reconocimiento internacional que merecía, resulta imperioso no reducirlo a la gloria abstracta de las condecoraciones y los honores. Él mismo jamás se habría sentido cómodo en el papel de héroe. La mejor forma de honrarlo es recordarlo como un ser humano corriente que, en uno de los periodos más sombríos de la historia, encontró la fuerza interior y la valentía para actuar y salvar a otros, sin prestar atención al riesgo en que ponía su propia vida. El ejemplo de Raoul debería seguir inspirando a la generación actual y a las futuras.

Aunque la Declaración Universal de los Derechos Humanos nació del horror de la guerra, Raoul ya actuaba obedeciendo su primer artículo: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad [...] y [...] deben comportarse fraternalmente los unos con los otros».

Debemos recordar que el genocidio comienza con la humillación de un hombre no por lo que ha hecho, sino por quien es. Que el ejemplo de Raoul nos guíe, pues, en nuestra vida cotidiana y nos ayude a luchar contra la injusticia en todas sus formas. Allá donde se rechace, se humille o se

haga daño a alguien por ser diferente, se lo margine en el trabajo, se lo acose en el colegio o se lo vilipendie en el ciberespacio, no seamos nunca espectadores pasivos.

Raoul Wallenberg fue una de las figuras más inspiradoras del siglo xx. Esta es su historia.

KOFI A. ANNAN

## PRÓLOGO

*DJURSHOLM, OTOÑO DE 2009*

Hemos hablado varias veces sobre los soldaditos de plomo, y ahora las cajas han llegado. La hermanastra de Raoul Wallenberg, Nina Lagergren, suena entusiasmada cuando la llamo. Con la ayuda de un bisnieto, ha colocado en una estantería del sótano los soldaditos, los abanderados y los músicos, todos pintados a mano, de la fábrica de juguetes E. Heinrichsen de Núremberg.

Nina recuerda las delicadas figuritas de plomo de la habitación infantil de Raoul en Riddargatan (Estocolmo) en los años veinte. Su hermano, nueve años mayor que ella, los había heredado de su padre, que había muerto antes de nacer Raoul. Las dos mil piezas estaban guardadas en ochenta y cinco cajas de madera ovaladas: ocupaban casi todo un armario.

—Tienes que venir a echarles un vistazo —me dice Nina.

Unos días más tarde, conduzco hasta Djursholm. Nina Lagergren abre la puerta con su chaqueta más azul y su gesto más risueño. Me quito el abrigo y echo un vistazo a los numerosos cuadros que cuelgan de la pared. Enmarcados hay muchos sellos de correos con la imagen de su hermano. Está el certificado de 1981 por el que se concede a Raoul Wallenberg la ciudadanía honoraria estadounidense, la primera persona en ser honrada con ella después de Winston Churchill. Y está, por supuesto, uno de los miles de «pasaportes protegidos», los llamados *Schutzpässe*, del otoño de 1944 en Budapest.

Este pasaporte concreto está expedido el 20 de agosto de 1944. Era domingo y Raoul Wallenberg estaba en su oficina de la colina Gellért, en Budapest, revisando montones de solicitudes de judíos húngaros desesperados. Ese día tomó otro documento color crema de los muchos que tenía impresos y lo expidió a nombre de Judith Kopstein,

de catorce años de edad. La chica luce seria en la fotografía en blanco y negro sellada por la legación sueca. Probablemente este pasaporte le salvó la vida. He encontrado su nombre en las listas de supervivientes del Holocausto. Aunque, por desgracia, nada desde entonces.\*

Nina dice que no sabe qué le sucedió.

Las escaleras que llevan al sótano son estrechas y tortuosas. Tenemos que sostenernos contra las paredes para llegar abajo de una pieza. Me dirijo automáticamente al cuarto de la caldera. Allí es donde Nina tiene su cómoda de Raoul, así como pancartas de incontables protestas ante la Embajada soviética en Estocolmo. La cómoda despierta emociones profundas. Fue en ella donde guardó la caja de madera con las pertenencias de Raoul que Nina y su hermano recibieron durante su inquietante visita a Moscú en 1989.

Después de cuarenta y cinco años de silencio, algunos funcionarios de la Unión Soviética, claramente afectados por la euforia de la glásnost,\*\* invitaron a Nina y su hermano Guy von Dardel\*\*\* a una reunión histórica con el KGB. Entre otras cosas, les mostraron la ficha de ingreso de Raoul, emitida a su llegada a la prisión de Lubiánka, en Moscú, el 6 de febrero de 1945. En medio de la reunión, el vicepresidente del KGB se levantó y, para su estupor, les entregó la caja. Contenía el pasaporte diplomático de su hermano mayor, su agenda de bolsillo de 1944, su libreta de direcciones y una cantidad considerable de efectivo en francos suizos y en la moneda de guerra húngara, el pengő. Es decir, sus pertenencias, aunque no una respuesta creíble sobre lo que había pasado en realidad.

Nina Lagergren tiene casi noventa años. Y sigue esperando, como el resto de la familia. Ahora abre con llave un trastero. Me indica con la mano que me acerque.

No hay sitio para todos los soldaditos de plomo de Raoul, pero el despliegue militar es, aun así, impresionante. Coloridos guerreros en miniatura, listos para el ataque. Hay sombreros adornados con plumas y antiguos mosquetes, cañones, tambores y trompetas.

En algún momento de la década de 1970, la madre de Raoul, Maj von Dardel, guardó sus soldaditos en dos grandes cajas que confió al Museo Nórdico de Estocolmo. Pero los setenta fueron una épo-

ca en la que las preguntas sobre Raoul Wallenberg se respondían, en su mayoría, con el silencio, en una Suecia intimidada por los soviéticos. Bajaron las cajas al depósito del llamado «nivel del jardín» del museo. Y allí se quedaron. Pasaron decenios sin que nadie supiese qué había pasado con los juguetes. Hasta ahora.

El personal del museo contactó con Nina Lagergren hace un par de meses. Estaban ordenando artículos antiguos del depósito y tropezaron con las cajas de Maj von Dardel. Ahora querían librarse de ellas, a menos que la familia estuviese interesada en donarlas.

Nina levanta un soldadito de casaca roja, con el rifle al hombro. Lo mira con cariño, y sospecho que siente lo mismo que yo, que es un poco triste que al museo no le interesara la colección. Pero ella nunca diría algo así.

—¿Así que no quisiste darles los soldaditos? —le pregunto vacilante.

Nina Lagergren me mira consternada.

—¿Cómo iba a hacerlo? No son míos. Son de Raoul.